

4. La comunión de los pequeños

Ayer, citando la homilía pronunciada ante los jóvenes en Heiligenkreuz, destacué que Jesús alaba al Padre porque se revela a los pequeños, y señalé que el pequeño, el niño, por su naturaleza busca la alegría en la relación amorosa con los demás. Se trata de dos aspectos, estrechamente relacionados entre sí, en los que es importante profundizar para vivir mejor la oración tal y como la entiende la Iglesia y, en particular, como la entiende y enseña San Benito.

Decía que a veces noto que en las comunidades falta alegría en la oración, incluso cuando está bien hecha. Decía que tal vez esto sea una señal de que no rezamos lo suficiente para buscar el “tesoro en el cielo” que pueda llenar verdaderamente de alegría nuestros corazones creados para Dios. Ciertamente, Jesús estaba siempre contento, incluso cuando sufría o se entristecía por el mal del mundo y la dureza de los discípulos y fariseos, porque el tesoro de su vida era el Padre.

También me doy cuenta de que en la comunidad la alegría de la oración es salvada a menudo quizás por un solo hermano, una sola hermana, que en medio de otros vive esta alegría de buscar y encontrar el tesoro. Son como los ángeles que el Señor envía en medio de la caravana que atraviesa trabajosamente el desierto y que aportan alivio y serenidad con su simple presencia. Tal vez sean hermanos o hermanas que formalmente rezan mal, que a menudo desafinan, o nunca encuentran la página correcta, que se equivocan en los gestos litúrgicos, o incluso bostezan y se duermen durante el Oficio, especialmente si se canta en un idioma que no entienden. La única cualidad que tienen es la pequeñez de la que habla Jesús. Son “como niños” a los que Jesús nos pide que imitemos, convirtiéndonos de nuestra orgullosa pretensión de hacerlo mejor que ellos, de rezar mejor y sobre todo de ser más grandes e importantes que ellos.

“En verdad os digo que, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se haga pequeño como este niño, ese es el más grande en el reino de los cielos. El que acoge a un niño como este en mi nombre me acoge a mí. (...) Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial.” (Mt 18,3-5.10)

Me gustaría que nos fijáramos en que también aquí Jesús habla de la oración, la alegría y el tesoro en el cielo. Cuando dice de los “pequeños” que “sus ángeles en el cielo ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos” debemos pensar en lo importante, bella y viva que es la oración de los pequeños, porque hay un ángel que une inmediatamente su corazón al Padre, al rostro bueno del Padre, del que reciben infaliblemente el cumplimiento de toda petición y la alegría filial, como la del mismo Jesús. No podemos dejar de desear rezar de esta manera, es más, ser así.

Pero esto implica dos cualidades de la oración y de toda la vida en las que San Benito insiste siempre y totalmente: la humildad y la fraternidad. Ser pequeños y estar en comunión con los demás son las dos grandes condiciones de la oración cristiana a las que la vida monástica debe educarnos constantemente, corrigiéndonos cada día. Basta pensar en cómo comienza la celebración de la Eucaristía: con un acto penitencial en el que nos reconocemos humildemente pobres y en el que nos encomendamos a la comunión fraterna, pidiendo la oración de María, de los ángeles, de los santos y de “vosotros hermanos”. Los pequeños de nuestras comunidades – pero quede claro que pequeño de corazón puede ser también el superior, o el ecónomo o el cantor–, el pequeño vive básicamente la oración común permaneciendo en esta actitud humilde durante toda la misa o el oficio divino, y siempre. El pequeño es el recaudador de impuestos que, al fondo del templo, se golpea el pecho y repite la oración del peregrino ruso: “El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: ‘¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador’”. (Lc 18,13)

San Benito lo llama “*publicanus ille evangelicus*” (RB 7, 65), como si esta actitud “evangelizara” y transformara en Evangelio incluso la profesión y la vida de un pecador. Y es así: la humildad que reza hace “Evangelio”, hace “Buena Noticia” incluso la vida del peor pecador, como por ejemplo la del ladrón crucificado junto a Jesús (cf. Lc 23,40-43). De hecho, incluso el buen ladrón reconoce que es un pecador y le ruega a Jesús que se acuerde de él, y esto le da inmediatamente el tesoro del cielo, la alegría del Paraíso.

Tenemos que pensar en esto, y ser conscientes de ello, porque entendemos que nuestra oración, vivida así, como personas pequeñas y humildes, se convierte inmediatamente en evangelización, da al mundo el Evangelio de Cristo, aunque nadie nos vea. San Benito nos pide que repitamos la oración del publicano “diciéndola siempre en nuestro corazón – *dicens sibi in corde semper*” (RB 7, 65). Nos invita a interiorizar esta humilde pequeñez que evangeliza el mundo, a vivirla durante la oración comunitaria, pero también precisamente como una oración continua del corazón, siguiendo toda la tradición monástica que se remonta a los padres del desierto, que siempre se ha cultivado en las Iglesias orientales, pero también en la tradición occidental, como nos recuerda, por ejemplo, san Bernardo con su devoción al Nombre de Jesús.

Pero más que las fórmulas de oración, es importante no olvidar que es sobre todo la actitud del corazón lo que se nos exige para vivir en una oración continua, no una oración replegada en nosotros mismos, sino una verdadera oración evangelizadora, que transmita a todos la presencia y la palabra del Señor Jesucristo. Sabemos muy bien, y lo experimentamos, muchas veces de forma negativa, que sólo la humilde pequeñez, la que pide misericordia, evangeliza realmente, y no la grandeza y la fuerza de lo que hacemos, decimos y pensamos creyéndonos mejores que los demás.

Pero para ello es importante recordar, como decía al principio, cómo viven los niños de forma natural su pequeñez, y eso es de forma relacional, dentro de una comunión de relaciones de pertenencia y confianza. Por eso la humildad que Cristo y luego San Benito nos piden casi nunca se describe de forma individual, sino como posición dentro de una comunidad. Solo, uno puede estar orgulloso incluso de su pequeñez y humildad. Sin embargo, en el cuerpo de la comunidad, la humildad está o no está en función de la forma de ser con los demás. La verdadera humildad como virtud personal, como autoconciencia y autoconocimiento, sólo puede desarrollarse en relación con los hermanos con los que Cristo nos pide que le sigamos.

Esto también se aplica a la oración, y quizás especialmente a la oración. En la Regla es evidente que se aprende a rezar en comunidad, en común, en la oración litúrgica, que es entonces la oración de toda la Iglesia. Si no se aprende a orar en comunión con la comunidad y la Iglesia, ni siquiera la oración personal será verdadera. La oración, incluso de un ermitaño, siempre tiene un aliento de comunión. ¿Por qué? En definitiva, porque Dios mismo es comunión: es el Padre de todos, que nos hace hijos suyos en la sangre de su Hijo único, en el misterio de su Cuerpo Místico vivificado por el Espíritu Santo. En el misterio cristiano, para rezar, no basta la relación con Dios, porque Dios es Relación en sí mismo y con todos los hombres.

Podemos decir que el tesoro del cielo que la oración busca para encontrar la verdadera alegría es un tesoro escondido en un campo, y este campo es para cada uno de nosotros una comunidad concreta que la oración reúne. Lo mismo ocurre con la familia, que el Concilio define “como Iglesia doméstica” (*Lumen gentium* 11). En los primeros tiempos de la Iglesia, las comunidades solían coincidir con las comunidades familiares extensas, de modo que la gente se encontraba rezando y celebrando la Eucaristía en sus casas.